



HERO:

DAVID

BOWIE

Lesley-Ann Jones

Mundialmente aclamado como el artista más innovador de su generación, David Bowie destacó como músico y compositor, pero también mostró su talento como pintor, actor y productor. Lesley-Ann Jones lo conoció desde su infancia, en la pequeña localidad de Bromley, al sur de Londres. Ya entonces era un joven desesperado por expresar su talento, frustrado por un entorno que lo ahogaba y determinado a conseguir el reconocimiento y la fortuna que sin duda merecía. Con el trasfondo de la evolución del pop y del rock en los últimos cincuenta años, y a través de entrevistas con amigos íntimos y con colaboradores que lo trataron a lo largo de su carrera, y que nunca antes habían contado sus experiencias personales, la autora nos ofrece una biografía única que refleja al mismo tiempo la vida pública y privada de un artista que marcó una época.

IN MEMORIAM
DAVID ROBERT JONES
8 de enero de 1947 - 10 de enero de 2016

Bowie ha muerto

David Bowie murió en su cama en la ciudad de Nueva York, dos días después de su sesenta y nueve cumpleaños y del lanzamiento de su vigesimoséptimo disco de estudio, *Blackstar*, su réquiem personal y su «regalo de despedida» para el mundo.

El anuncio, divulgado de manera oficial a través de sus cuentas y perfiles en las redes sociales, era austero y sucinto:

10 de enero de 2016: en el día de hoy, David Bowie ha fallecido en paz, rodeado de sus familiares, tras una valiente batalla contra el cáncer que se prolongó durante dieciocho meses. Si bien sabemos que muchos de vosotros compartís el dolor por su pérdida, os pedimos que respetéis la intimidad de la familia durante el presente periodo de duelo.

«Me apena decir que es verdad», escribió su hijo, el cineasta ganador de un premio BAFTA Duncan Jones, en Twitter. «Estaré fuera de la circulación durante un tiempo. Amor para todos».

Incredulidad y negación continuada. Somos arrogantes en nuestra ignorancia. Desconocíamos que padecía una enfermedad terminal. Se dice que era cáncer de hígado, pero ¿no suele ser menos agresivo? ¿El grave no era el de pul-

món? Especulamos, gratuitamente. Ni siquiera Brian Eno lo sabía antes de que sucediera, y trabajó con Bowie durante décadas. «Fue una sorpresa tremenda», admite Eno. El artista George Underwood tampoco tenía ni idea, y era el mejor amigo de David desde los ocho años.

«Es un trago muy duro que tu mejor amigo muera», se lamenta George tirado en su sofá ese mismo día, con las lágrimas deslizándose por detrás de sus gafas. «Estoy completamente desolado». Se sentía un poco mejor y se mostró más sociable el día que yo pasé con él.

Otras noticias advierten de una descomunal tormenta de nieve dispuesta a desatar el caos en esta isla sometida a su cetro, esta tierra de majestad, esta sede de Marte... esta Inglaterra...^[1] Y que el temporal sería el pistoletazo de salida para más de un lustro de climatología adversa. Tuvimos cinco años para llorarle. Nunca lo supimos.

Leonardo DiCaprio ha quedado eclipsado por completo, pese a su triunfo la noche antes y por partida triple en los Globos de Oro gracias a su papel en *El renacido*, que le granjeó el Oscar al mejor actor. La histórica cumbre global de los treinta y ocho primados de la Iglesia anglicana, celebrada en Canterbury con el fin de dirimir sus diferencias respecto a la aceptación de personas homosexuales en la clerecía, no atrae ninguna atención. Y, sin embargo, estos tres titulares se antojan pertinentes para la revelación de que el inmortal «Hombre de las estrellas», el padrino de los raros, el salvador de los excéntricos, de los pensadores heterodoxos y los ambiguos sexuales, los desposeídos, los jóvenes, los del pasó y ya no volverá a pasar, ha estallado, resplandecido y se ha ido para siempre. *Hot tramp, we loved him so*. Así lo queríamos.

La aflicción es inconmensurable. Twitter y Facebook se colapsan, al igual que millones de sus fans. En Manhattan, claman a las puertas del 285 de Lafayette Street, el bloque de apartamentos en cuyo lujoso ático residía David junto a

Iman, supermodelo retirada y esposa del cantante durante los últimos veinticuatro años, y su hija de quince años, Lexi.

En Berlín, sus fieles se congregan en la calle en donde el músico había tenido una casa, el 155 de Hauptstrasse, en el barrio de Schöneberg, para honrarlo con velas y flores. Otros se encaminan al estudio de grabación Hansa, situado en Köthener Strasse, cerca de la Potsdamer Platz, en donde solía grabar en los setenta.

En los Países Bajos, se forman varias colas en la entrada del museo de arte de Groninga, donde en ese momento se encuentra la gira «David Bowie Is»^[2]. El museo responde poniendo a disposición de sus seguidores un libro de condolencias en el que pueden estampar su firma, además de abriendo sus puertas un lunes, cuando por lo general se encuentra cerrado.

En Los Ángeles, los despojados de su ídolo improvisan un santuario alrededor de la estrella de Ziggy en el Paseo de la Fama de Hollywood. La placa de David, que se sitúa frente al 7021 de Hollywood Boulevard, entre Paula Abdul y Faye Dunaway al este, y Pierce Brosnan y Fred Allen al oeste, queda oculta tras ofrendas luminosas y ramos de flores envueltos en papel de celofán, muñecos extraterrestres, mecheros y diminutas botellas de whisky escocés Jameson. Un regalo cuestionable, este último, dado que David hacía años que era abstemio, además de miembro de Alcohólicos Anónimos. Los fans no se cortan a la hora de lanzar confeti al aire y reproducir los temas de Bowie con sus teléfonos móviles de última generación. ¿Por qué han venido?

«Me ha ayudado a sentirme mucho más seguro de mí mismo y a abrazar mis rarezas», expone uno de los presentes.

«Bowie me permitió aceptarme como era y a aceptar a la persona que realmente quería ser», afirma otro entre lágrimas.

Ambos hablan por boca de muchos.

En Newcastle, Nueva Gales del Sur, sus fieles deciden dejar mensajes sobre un mural de Bowie en el que aparece disfrazado de rey Jareth, el personaje de la película de 1986 *Dentro del laberinto*. David filmó vídeos promocionales en ese estado australiano, incluido el memorable tema de 1983 «Let's Dance». Se rodó en el extremo norte, en Carinda, una pequeña localidad de menos de doscientos habitantes. Como localización emplearon el único hotel del lugar, hoy convertido en destino de peregrinación para los fans de Bowie.

Durante el rodaje, recuerda el director David Mallet, a los vecinos no les hizo tanta gracia. «Cuando rodó ese vídeo, David llevaba dos o tres años fuera del ojo público», cuenta. «Se había dedicado a escribir, y había vivido en parte como un recluso. De modo que no era un regreso, sino lo primero que la gente veía de él en bastante tiempo. Para Bowie, supuso un cambio drástico a nivel musical, y para todos los que hacíamos vídeos, un antes y un después. Fue uno de los primeros videoclips en rodarse en 35 milímetros».

Fue idea de Bowie ir a grabar a Australia.

«El disco era fresco y vitalista, iba directo al grano. Y pensé, "esto requiere un vídeo igualmente fresco y vitalista, no vale una vieja cinta". Así que allá nos fuimos, a Australia, en donde la luz es fantástica, y volvimos con "China Girl" y "Let's Dance"».

«La escena en el bar de "Let's Dance" se rodó con oriundos del lugar, en su verdadero bar, a las diez de la mañana. Odiaban a David Bowie y nos odiaban a nosotros, unos tipejos amanerados que solo atendíamos a la grabación, ¡y tanto que nos odiaban! Por más que en la película dieran la impresión de que se divertían echando unos baioteos. De hecho, no hacían sino burlarse. Fue todo idea de David, y básicamente consistía en codearse con los aborígenes, alternar con ellos. Para acabar en Sídney, una enor-

me área metropolitana que venía siendo la premisa de todo».

Se había forjado la afinidad de David con Australia. Se compró un apartamento magnífico en un bloque de edificios Kincoppal, en la bahía Elizabeth de Sídney, que conservó durante diez años, y que solo vendería tras conocer y casarse con la exmodelo de talla mundial Iman.

En Londres le tomamos la palabra y nos ponemos a bailar: en la calle, por la noche, y todo el camino de regreso a casa hasta que salga el sol. Un par de miles de parroquianos se concentran en el cine Ritzy de Brixton tras acordarlo por Facebook; van cargados con instrumentos, altavoces, comida, refrigerios, «y lo más importante de todo: amor», para celebrar una fiesta improvisada bajo la lluvia. Es un océano de emociones. Osados juerguistas mueven el esqueleto encima de las cabinas rojas de teléfono mientras un multitudinario coro de voces suena con tono apesadumbrado.

Los micrófonos de las cadenas de radio y televisión difunden un exorbitante «There's a Starman, waiting in the sky!»; suena y suena una y otra vez, en bucle, por Internet y en las ondas. Frente a la estación de metro, cerca de la esquina de Tunstall Road, un mural enorme y colorista de una cara que quiere parecerse a la de Bowie, obra del artista callejero australiano James Cochran, se convierte en el centro de todas las miradas, pues hasta allí acuden los fans a depositar velas y flores.

En Beckenham, Kent, en donde David creó Camelot dentro del carcomido esplendor gótico de Haddon Hall, en donde lanzó el Free Festival y fundó el Arts Lab allá por los años sesenta, los homenajes son algo más modestos pero no menos sentidos. Más velas, más tulipanes, depositados sobre la acera en donde se ubica uno de los establecimientos de la cadena de restaurantes Zizzi. En el pub de High Street luce una placa de homenaje al artista, colocada por

la asociación de vecinos de Copers Cope y la Noble House Pub Company:

DAVID BOWIE
MÚSICO DE ROCK
VIVIÓ EN BECKENHAM
Y LANZÓ SU CARRERA
EN THE THREE TUNS
1969-1973

Es aquí en donde se encontraba el añorado Arts Labs. «Zizzi Stardust», bromea un devoto mientras se inclina para examinar las diminutas cabinas telefónicas rojas, portadas de álbumes descoloridas y notas escritas a mano que los fans han dejado allí. Una anciana vestida con un jersey de punto verde botella y unas zapatillas cuenta la historia de una «muchacha del lugar», Mary Finnigan, «que vivió con David aquí en Beckenham todos aquellos años, y que lo amó, un secreto que guardaría durante mucho, muchísimo tiempo, aunque ahora ha escrito un libro en el que lo desvela todo». Dentro, entre fantasmas, los comensales comen en unas mesas en las que están grabadas los títulos de los temas de Bowie y material gráfico un tanto insolente, exactamente en el mismo sitio en que su ídolo tocó una versión elemental de «Space Oddity» cuando no era más que un principiante.

En el festival Bec Rec, que se celebra en el parque de Croydon Road, las puertas han permanecido abiertas toda la noche, permitiendo así que los seguidores acudan a presentar sus respetos al recinto en el que tocó el artista en 1969. Aquel bolo sería inmortalizado más adelante en su canción «Memory of a Free Festival». Al día siguiente, el gobierno del distrito de Bromley anuncia su plan de «redoblar» esfuerzos para hacer del renovado palco de música de estilo victoriano un «adecuado y duradero tributo» a la memoria del fallecido artista. El palco en cuestión es el único de sus características en todo el país, y valdría la pena

restaurarlo en cualquier caso, con independencia de su actual herencia rock. Se anuncia un evento, el «Bowie's Beckenham Oddity», para el 13 de agosto. Lo apuntamos en nuestra agenda, cómo no. ¿Pero estaremos allí? La torre BT homenajea a Bowie al citarlo en su panel luminoso, como suele hacer en las grandes ocasiones. Los carteles publicitarios del metro londinense se llenan de expresiones de adoración al héroe por parte de los pasajeros. Pubs de todo el país, bares y hoteles de todo el mundo ponen su música a todas horas. Y se produce una maravillosa despedida sin precedentes en los medios de comunicación. Se altera la parrilla televisiva con el fin de mostrar los elogiosos comentarios de expertos y críticos musicales, que pontifican sobre el así llamado icono y sobre su legado. Las emisoras radiofónicas se apresuran a reorganizar su programación, programas completos se caen de la agenda para dar paso a una sucesión de pistas musicales. Las imprentas maniobran con entusiasmo y diligencia para publicar ediciones especiales, exclusivas y suplementos fotográficos con imágenes cándidas y desenfadadas, del tipo que, por lo general, se reserva para los difuntos miembros de familias regias. *The Times* compone una fantástica portada; *The Guardian* saca un suplemento de doce páginas, y *The Independent* eclipsa a los demás con un brillante editorial de homenaje. En primer término, la cínica que hay en mí observa estos movimientos como oportunidades comerciales: no se trata tanto de ofrecer a los más fieles lectores un valioso recuerdo, como de una forma fría y calculada de hacer caja y una excelente oportunidad para vender más periódicos. Y ya que he sacado mi vena cínica, añado algo más: yo misma participé de aquel tinglado, pues acepté una petición del *Daily Mail* y les pasé un texto sobre el David Bowie que yo conocí.

El inmenso dolor por Bowie se describe en algunos sitios como «desproporcionado respecto a lo que suele ser una pérdida». «No tiene precedentes», se dice. ¿O sí los tiene? ¿Será que nos gusta dejarnos llevar por la histeria?

Sea como fuere, la muerte de nuestro héroe podría llegar a demostrarse, con el tiempo, equiparable a la de JFK en 1963, en el sentido de que todos recordaremos con exactitud en donde estábamos cuando nos enteramos de la noticia. ¿Sucederá así? Yo no recuerdo la muerte de Kennedy, no era más que una niña. Pero sí recuerdo en cambio el asesinato de John Lennon en Nueva York, lo más parecido que se me ocurre. Incluso ahora, nunca salgo de la ciudad sin desviarme por Strawberry Fields, el lugar de Central Park así bautizado en memoria del cantante.

Recuerdo a Diana, princesa de Gales, ante quien actuó David el 13 de julio de 1985 en el estadio de Wembley con motivo de su participación en el concierto benéfico Live Aid. El trágico accidente de tráfico de París que segó su vida y la de su novio Dodi Al-Fayed y la del conductor Henri Paul el 31 de agosto de 1997, fue el momento en que el Reino Unido perdió los papeles a gran escala, a una escala, digamos, titánica. En aquel entonces, acudí con mi hijo recién nacido, Henry, a los jardines de Kensington y fotografié a mi pequeño dentro de su carrito de bebé, entre las flores. Qué mal gusto el mío, me avergüenza reconocerlo. Vimos por televisión el obscuro lamento por la muerte de Diana en la abadía de Westminster, al igual que otros diecinueve millones de personas, y sucumbimos a la pena a medida que su hermano, el conde Spencer, recitaba su provocador panegírico en el que culpaba a la familia real. Lloramos al ver a Elton John interpretando al piano una adaptación elaborada sin apenas tiempo de su «Candle in the Wind», que se convertiría en un éxito de ventas y en una despedida para la princesa bajo el nuevo título de «Goodbye, England's Rose».

En su momento, me costó comprender, y todavía me cuesta, la histeria colectiva que se apoderó de nosotros. La histeria colectiva y la intensidad de nuestro duelo nos enloqueció temporalmente. ¿Pero era aquel un luto auténtico o era más bien sensiblería? Los medios nos condujeron a un

llanto que no nos correspondía. Diana no formaba parte de nuestras vidas, no era nuestra hermana ni nuestra hija ni nuestra madre; era una fotografía, un boletín de noticias, y no más accesible que un personaje de una teleserie para el gran público, pongamos por caso *EastEnders* o *Coronation Street* —solo pusimos en tela de juicio nuestro «desgarro» cuando nos percatamos de que nuestra angustia se había desvanecido con la misma rapidez con que se había adueñado de nuestro ser—. Muy rara vez hablamos de ella a día de hoy, a no ser, tal vez, como elemento relevante en la pareja formada por el príncipe Guillermo y Kate Middleton. Lo hemos «superado».

El legado de la supuesta Princesa del Pueblo es eminentemente simbólico. Desde el respeto, si se dejan a un lado las interminables fotografías «icónicas», los trajes, los zapatos, los peinados y su condición de socia del gimnasio londinense Harbour Club..., ¿qué consiguió? Fuera de eso, cabría poner de relieve su capacidad para sortear campos minados y el hecho de haberse involucrado activamente en ayudar a los enfermos de SIDA. Pero no dejó música, películas, ni arte de otra clase para la posteridad, nada por lo que deba ser recordada. Nada que seguir disfrutando. Bowie, al igual que su amigo Lennon, deja un legado enorme. Así pues, ¿está más justificado nuestro luto por él? A riesgo de desatar la ira de más de uno, debo decir que para mí sí. La muerte de Bowie es nuestra propia muerte, en algunos sentidos. Marca la pérdida de nuestra juventud, de nuestro ayer, de nuestros sueños más ambiciosos.

No se celebra funeral alguno por David. Ni siquiera una ceremonia íntima. Sin pompa. Él no la habría querido. Su cuerpo es incinerado el 12 de enero en Nueva Jersey. Se da a conocer que quería que sus cenizas se arrojaran en Bali, «conforme a los ritos budistas», y también en las montañas Catskill, al norte de la ciudad de Nueva York, un paraje cuyo aire adoraba por su luz y sus campos; allí grabó el álbum *Heathen*, y allí estaba, en el condado de Ulster, la que

se habría de convertir en la favorita de las numerosas casas que poseyó a lo largo de su vida. Sus últimas voluntades, un documento de veinte páginas firmado con su nombre legal, David Robert Jones, declara que su hacienda está valorada en aproximadamente unos 100 millones de dólares. Deja en herencia a su mujer su vivienda del SoHo, más la mitad de su fortuna. Su hijo de cuarenta y cuatro años, Duncan, recibirá el 25% del total. Su hija Alexandria, de quince, el 25% restante, así como el lugar de retiro de su padre en las Catskills. Deja un millón de dólares a Marion Skene, la niñera de Duncan durante sus primeros años, a quien en gran medida consideraba su «segunda madre». Dos millones es la suma que David lega a su empleada de confianza durante largo tiempo, Coco Schwab, además de sus acciones en la compañía Opossum Inc. La incredulidad se apodera de sus fans en Internet cuando se descubre que dicha empresa carece de cualquier tipo de actividad pública, no concurre a ningún mercado de ningún país y no publica sus libros contables. Hay quienes entonces se prestan a la inevitable chaladura y crean teorías de la conspiración; se llega a sugerir que todo es un artificio, y que su héroe debe seguir vivo. ¡Calma, hombre!

La 58.^a ceremonia anual de los premios Grammy se celebra el 15 de febrero en el Staples Center de Los Ángeles. Sirve para rendir homenaje a muchos de los que ya no están, a Bowie más que a cualquier otro. El *mash-up* que combina diez temas y que le dedica Lady Gaga se lleva la palma de manera extraoficial como mejor espectáculo de cabaret circense. ¡Qué risa! ¿En qué estaría pensando el productor Nile Rodgers? A lo mejor es que ni eso hizo, pensar.

«Malo con saña», es el veredicto del prestigioso crítico musical estadounidense Bob Lefsetz. «¿Por qué no les dio simplemente por contratar a la original, a Liza Minnelli, para realizar ese calamitoso tributo a un artista incontestablemente puntero? Los popurrís nunca funcionan. Si se hubie-

ra limitado a cantar "Space Oddity" sin maquillaje y producción, mejor le habría ido. ¿Quién es el responsable? ¿No podría Nile Rodgers haberse negado? Concede a Lady Gaga el trato de una superestrella, que dista lo suyo del que suele recibir alguien con un solo disco de un solo éxito. ¡Qué demonios! Ese trabajo estaba destinado a Annie Lennox, una persona de aquella época que aún sabe cómo era».

«Sobreexcitada o irracional, lo cual suele ser el resultado de un capricho o de un excesivo entusiasmo; mentalmente confusa», tuitea el hijo de David, Duncan Jones. «Maldita sea. ¿¡Pero qué palabra ES esa!?».

Como es lógico, la chica de moda defiende la actuación orquestada.

«He trabajado con David en cuatro proyectos, ¡incluido el que con mucho fue el más grande!», dice Rodgers. «Creo que la relación entre ambos era estupenda. ¡No hay que tomárselo tan en serio! Nace del corazón. Me brinda una oportunidad musical de decirle hola y adiós a un artista que me cambió la vida».

Días más tarde, Gaga todavía sigue dolida..., pero no por las críticas, que a Stefani le traen sin cuidado. Lo que aún le duele es el tatuaje que se ha hecho en un costado en un salón especializado de West Hollywood dos días antes de la actuación, el último de tantos, un dibujo con la cara del artista atravesada por el rayo de *Aladdin Sane*: «... la imagen que me cambió la vida».

Infinitamente más auténtica resulta la actuación de Losers' Lounge durante tres noches consecutivas a contar desde el 18 de febrero, en el Lower East Side de Manhattan: se trata de un proyecto musical que rinde tributo a estrellas del pop y a artistas de culto, organizado por el que fuera teclista de The Psychedelic Furs, Joe McGinty, en el pub Joe's de Lafayette Street.

Londres también quiere poner su grano de arena, y lo hace mejor. Durante la ceremonia de los BRIT, en el O2

Arena de Greenwich, nueve días más tarde, el homenaje realizado por —¿quién será?— Annie Lennox es digno y completo.

«El legado de su extraordinario sonido y visión será valorado y venerado hasta el día en que la Tierra deje de rotar», declara.

Tras aceptar el premio al Icono en nombre de David, el actor Gary Oldman revela que Bowie consideraba que ocultar su cáncer terminal tenía sus ventajas.

«He recuperado los pómulos», fueron sus palabras, según confesó su íntimo amigo.

La sencilla interpretación de «Life on Mars?» por la joven neozelandesa de diecinueve años Lorde, enternece. La ganadora del premio BRIT 2014 a la mejor artista femenina internacional, que firmó con Universal a la temprana edad de doce años, pasó a la historia como la artista en solitario más joven en lograr colocar un sencillo en el número 1 de la lista US Billboard Hot 100 en las últimas dos décadas. Su música formó parte de la banda sonora de *Los juegos del hambre: Sinsajo. Parte 1*. Lorde es, en palabras de Bowie, «el futuro de la música». Esa noche, su grupo es lo más destacado para los músicos de acompañamiento de Bowie: el pianista Mike Garson, que tocó por vez primera con él en 1972; los guitarristas Earl Slick (1974) y Gerry Leonard (2001); el batería Sterling Campbell (1994); el bajista Gail Ann Dorsey (1995) y la teclista Catherine Russell (2002).

«David, eras mortal», concluye Oldman, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, «pero tu potencial era sobrehumano, y tu excepcional música perdurará. Te queremos y te estamos agradecidos».

Duncan Jones otorga su beneplácito.

El 31 de marzo, un bolo de homenaje a Bowie planeado con considerable antelación, pasa a ser un concierto en su memoria celebrado durante dos noches en el Carnegie Hall y en el Radio City Music Hall de Nueva York, lleno hasta la bandera; actúan Holy Holy, la banda de Tony Visconti's,